

sus necesidades por la vía de expandir el capital ficticio. Pero el hecho de que ya el Estado haya cumplido ese rol en forma explícita en este tiempo le quita margen de maniobra.

Estamos, por lo tanto, frente a una crisis que plantea al conjunto del capital problemas de fondo. El primer paso para la clase obrera es tomar en cuenta que las alternativas que propone el capital, por más paliativas que parezcan, son la antesala de ataques cada vez mayores. La última gran crisis sólo se pudo resolver con la Guerra Mundial. No hay que resignar ninguna conquista en pos de promesas de un un futuro mejor en manos de una burguesía que no lo puede garantizar. Luchar por las mejores condiciones de venta de la fuerza de trabajo con independencia política frente a la burguesía aparece como un paso ineludible. Pero es sólo un primer paso. A medida que avance la crisis, por más fuerza que se gane a nivel sindical, la efectividad de las luchas irá en descenso. Mientras sigan con vida las relaciones capitalistas, alcanzado cierto punto de la crisis, sólo podremos luchar por amortiguar los daños, pero nunca evitarlos. Por eso, en las últimas elecciones presidenciales de Argentina, el Frente de Izquierda perdió una gran oportunidad. A pesar de que sus partidos integrantes tienen una tradición de lucha consecuente contra el capital, se limitaron a una campaña centrada en consignas gremiales o de nacionalizaciones acotadas. Es decir a tareas impotentes frente al escenario mundial que se vive.

La alternativa es, frente a la necesidad del capitalismo de concentrarse y centralizarse, no sea la clase obrera el pato de la boda, sino el vector del desarrollo futuro de la humanidad. Frente a la crisis del capital, hay que expropiar la burguesía y reorganizar las fuerzas productivas a una escala superior. En definitiva, abandonar la anarquía del mercado en pos de la planificación. Semejante tarea exige la construcción de un partido de la clase obrera, un partido que deje atrás disputas mezquinas y dé un paso adelante en la construcción de una dirección general con una clara perspectiva socialista.

Dossier: Literatura y lucha de clases a fines el siglo XIX y principios del XX

La razón sentimental

Razón, sentimientos e individuo en
la cultura popular, Argentina, 1917-1922

Rosana López Rodríguez

CEICS-UBA

Resumen

La narrativa sentimental de circulación periódica bajo el gobierno de Yrigoyen (1917-1921), cuya colección más popular es *La Novela Semanal*, ha sido considerada un corpus conservador desde el punto de vista ideológico. Sin embargo, al examinar las relaciones amorosas que se cuentan en estas historias, vemos que el conflicto sentimental es la expresión de la crisis en que estaba inmersa nuestra sociedad. La agudización de la lucha de clases a nivel nacional y los efectos de la Revolución Rusa son factores ineludibles en la caracterización de la coyuntura y por lo tanto, de la interpretación de las *novelas semanales*. En este trabajo, a través del análisis de “Amor y bolshevikismo” de Canseway Britos veremos cómo las novelas del corpus incorporan la lucha social a la temática sentimental.

Palabras clave : Narrativa popular – lucha de clases – sentimientos

Abstract

The sentimental narrative under Yrigoyen government (1917-1921), which most popular collection was *La Novela Semanal* (The Weekly Romance) has been thought as a conservative corpus in ideological terms. However, from the study of the romantic relations in the story telling we see that the sentimental conflict is expression of the crisis in which the society was immerse. The sharpening of the class struggle at a national level and the Russian Revolution effects are inescapable issues in the characterization of the conjuncture and therefore in the *Novela Semanal* interpretation. In this paper, through the analysis of “Love and Bolshevism” from Canseway Britos, we will see how these romances introduce social struggle into sentimental themes.

Keywords: Popular Narrative – Class Struggle – Feelings

Mañana para los jóvenes, estallarán como bombas los poetas,
 los paseos por el lago, las semanas de perfecta armonía.
 Mañana, los paseos en bicicleta
 por las afueras en las tardes de verano. Pero hoy, la lucha...

W. H. Auden, "Spain", 1937

La Novela Semanal y los sentimientos dominantes

El estudio de la literatura popular de circulación periódica en Argentina cuenta con un texto canónico, *El imperio de los sentimientos*, de Beatriz Sarlo, transformado ya en análisis clásico y modelo de interpretación. En su visión, la *novela semanal* es la forma popular de acercarse a la literatura y satisfacer una necesidad de ficción por parte de una población lectora en el momento en que se crea el mercado literario. En ese marco, la *novela semanal* construye un campo en el cual domina una temática precisa, el sentimiento, lo que transformaría a este corpus en una expresión de la novela sentimental. Además, por medio de estrategias discursivas simplificadoras de la trama se eliminan las intrigas secundarias, ironías y ambigüedades. La temporalidad es lineal, el humor es excepcional, el uso de clisés es permanente y el tema es único, tanto como el punto de vista narrativo. Son textos ordenados que no presentan problemas estéticos ni ideológicos al receptor. Al contrario, le generan la fantasía del "descanso" psicológico a partir de la "economía mágica": el ascenso social es posible por la vía *arbitraria*, no causal de lo sentimental.

Por consiguiente, aunque se narren episodios desdichados (en su resolución desfavorable para los personajes), existe una certeza que demuestra el horizonte de lectura: un texto *previsible* (que no exige demasiadas competencias para decodificarlo) cuyo final confirma la existencia de un mundo con leyes sociales ordenadas que no pueden ser

violadas, de no ser por una lógica narrativa del orden de lo mágico (por ejemplo, un marido engañado –del que la mujer no está enamorada o es una mala persona– muere favoreciendo de ese modo el destino *posible* de los amantes). Así, el conflicto social no aparece sino bajo la forma de individuos particulares que reciben su premio o su castigo siempre según la forma inmodificable de esas leyes externas. El mundo, entonces, no es el escenario de prácticas sociales que deban ser cambiadas: son textos conformistas. El lector, abrumado por su cotidianeidad (algo que no se demuestra) buscaría alivio en la ficción. Estos textos tan sencillos, tan poco exigentes delatan a un lector infantil. A partir de la sencillez textual del producto, presume un lector ideológicamente sencillo.

Por otra parte, Sarlo concede que, al menos la *novela semanal* "instala hábitos de lectura", juicio teñido de indulgencia para con el desposeído de cultura. Un *prodesse et delectare* que considera valiosa esta *alfabetización regulada* porque tendría un "carácter compensatorio de las vicisitudes reales" (Sarlo 1985: 65) o porque funciona como iniciación permitiendo el pasaje a la literatura *culta*.

Con lo valioso que pueda parecer este análisis, la mirada de Sarlo puede ser cuestionada en varios aspectos cruciales. Examinaremos a continuación al menos dos: su caracterización superficial en términos de clase de la posición de los autores y la concepción implícitamente burguesa de los sentimientos y de la literatura popular.

La excepción que cuestiona la regla

En Buenos Aires, vestida de hombre, en una época en la cual el maximalismo representaba un fantasma peligroso, Elsa Niessen contaba su historia a un periodista: había nacido en una familia aristocrática y vivía en Rusia, donde se había enamorado de un muchacho que estaba al mando de una compañía de ametralladoras durante la Primera Guerra. Ella misma participó en la contienda y vestida de hombre pasó al campo enemigo para espiar a los conspiradores revolucionarios rusos, prisioneros en Alemania, pues se corría el rumor de que se estaba preparando un derrocamiento del estado zarista. Ya entre los prisioneros, escuchaba fascinada cómo hablaban de revolución, de libertad; estaban allí haciendo propaganda, pues querían salvar a Rusia. La gente pobre iba a gobernar "constituyendo soviets", explicaban. La muchacha confesó al periodista: "Allí supe quién era Lenin y quién era Trozki."¹ Una noche, se reencontró con Alejandro. El

¹La *Novela Semanal* no tenía paginación.

muchacho que antes le hablaba de amor, hablaba “ahora de revolución, de exterminio.” La reunión terminó “entre gritos de ‘¡Viva la Rusia de los soviets!’”.

Cuando ella le contó la odisea que había atravesado para encontrarlo, recibió una respuesta inesperada, pero que será la clave de la historia:

“No es este el momento de hablar de nuestro amor. (...) Antes que tu cariño y el mío; antes que nuestro porvenir y nuestra felicidad, está el porvenir y la suerte de nuestra patria; y del porvenir de Rusia depende el futuro del mundo. (...) El momento de nuestra unión (...) está muy cerca. Pero hasta que él no llegue, ni tú ni yo, ni nadie debe pensar en otra cosa que en libertar a la santa Rusia, la que a su vez libertará a la humanidad. Háblame ahora de amor a los pobres, a los miserables, de amor a Rusia por la cual estamos dispuestos a sacrificarnos, porque esta vez nuestros sacrificios no serán inútiles. (...) Cuando aquello llegue, tú y yo nos uniremos y viviremos más tranquilos y felices en un mundo mejor.”

Desde ese día, Elsa quedó incorporada al comité ejecutivo de la revolución y sólo volverían a hablar del amor que los unía “cuando sonara la hora tan largamente esperada de la liberación.” Cierta día, Alejandro la envió a Rusia en una misión. Una vez allí, sensaciones contradictorias se apoderaron de sus reflexiones:

“Kerensky había sido derrocado; una república comunista había sido fundada, y esa república estaba gobernada por campesinos y soldados; por soviets (...). (...) sentí una profunda tristeza y un inexplicable terror. Sabía, sin embargo, que con la liberación de las clases humildes rusas, con el advenimiento de la república bolshevik, se acercaba para mí el momento de mi felicidad. (...) Pero, ¿y la felicidad del mundo? ¿dónde quedaría? ¿Qué iba a ser de las buenas gentes burguesas; de los nobles inútiles e indefensos, estando el poder y la fuerza en manos de los pobres, de los miserables? (...) Nunca, como en ese instante, oí más claramente y más en lo hondo del corazón el resonar de las palabras de Alejandro. La obra de emancipación, ‘nuestra obra’, era más bella, más grandiosa que nuestro mismo amor. ¿Qué éramos nosotros, qué nuestra felicidad comparada a lo que la humanidad exigía y debía tener?”

Ella comenzaba a comprender que debía hacerse responsable por lograr que la nueva Rusia se convirtiera en la nación que llevara la libertad a todo el mundo. Cuando finalizó la guerra, se encontró fugazmente con Alejandro, pero todavía les quedaban tareas para

llevar adelante. Él iría a EE.UU. en misión comercial y ella vino a Buenos Aires para “investigar las condiciones agrícolas de este país, que en ciertas regiones son muy similares a las de Rusia.”

En este punto del relato, el periodista le preguntó a Elsa si cabía la posibilidad de que Alejandro la hubiera olvidado. Y aunque ella seguía confiando en él como compañero y como dirección política, contestó que, si a pesar de todo él la hubiera olvidado, “todavía le quedaría el más grande de los amores: el amor a la humanidad.”²

Elsa y el periodista se despidieron. Tiempo después, él recibió una carta en la que la chica le decía que partiría al día siguiente. Cuando el cronista llegó al muelle, el barco ya estaba zarpando. Elsa saludaba con su pañuelo y abrazaba al hombre que iba a su lado; era Alejandro. El barco partió y el narrador quedó pensativo.

La historia de amor inserta en su contexto político pertenece a la novela “Amor y bolshevikismo”, de J. Canseway Britos. Es el *detalle* que ilumina con un fulgor inesperado a la mayor parte de los elementos del corpus de la *novela semanal*, prolífico en casos que tienen como tema el bolcheviquismo o la situación de crisis revolucionaria. Ilumina también otro grupo no menos numeroso: aquel en el cual la trama muestra los sentimientos amorosos atravesados por el conflicto de clases o las luchas sociales. Dentro del primer grupo tenemos: “El cocobacilo de Herrlin”, “Babel” y “Una semana de holgorio” (Arturo Cancela) o “El crimen de la calle Brasil” (Mono Sabio), todas sátiras políticas, críticas al yrigoyenismo, a la represión durante la Semana Trágica, a la paranoia desatada por la crisis. “Un hombre desnudo” (J.J. de Soiza Reilly), sanciona a su protagonista como un insaciable burgués explotador que merece la reacción violenta de los obreros. “¡Porca América!” (José Antonio Saldías) es la historia de la burguesía pionera: familia obrera llegada de Italia, trabajo en el campo a sol y a sombra, trabajo de la familia en un bar, juntar dinero, comprar negocio, tierras, explotar obreros, mudar de conciencia, negarse a reconocer la crisis, enfrentamiento contra los obreros que matan al hijo del protagonista. En “El apóstol”, José María Casais cuenta la historia de una fábrica cuyos obreros están movilizados, hay asambleas, huelgas, y, en ese contexto, un trabajador lleva a cabo un intento de conciliación entre ambas partes, sin éxito.

Mientras tanto, encontramos dentro del segundo grupo otra gran cantidad de ejemplos. “La huelga” de Hugo Wast relata una historia

²Hasta aquí las citas de este acápite corresponden a Canseway Britos, “Amor y bolshevikismo”.

en la cual ante “cohortes de obreros encabezados por mujeres y niños, que se lanzaban al incendio de las instalaciones de las empresas, a la destrucción de sus vías y aún al pillaje de sus depósitos.” (Wast 1917), un muchacho interviene para evitar el sacrificio de sus compañeros, pues quiere demostrarle a la mujer que ama de lo que es capaz. Aun cuando, a diferencia de las anteriores, “El pozo de las murenas” (Pedro Angelici), está situado en otra época, la antigua Roma esclavista, pone sobre el tapete el enfrentamiento de clase en una relación amorosa. Un señor pretende que una de sus esclavas se entregue a sus deseos; como ella, digna, no accede, el hombre ordena que tiren al hermano de la muchacha en un pozo de murenas para que se lo coman. La venganza no se hace esperar, pues la chica apuñala a su amo esa misma noche. Una historia de amor durante los tiempos de la Gran Guerra se cuenta en “Le jour de gloire est arrivé” de Julián de Charras: movilizado él para luchar en la contienda y perseguida ella por un alemán que la pretendía, sólo pueden unirse una vez finalizada la guerra, una vez que triunfan los aliados. “La vendedora de Harrods” y su segunda parte “Cuando el amor triunfa” (ambas de Josué Quesada), es la historia de amor entre una obrera y un niño bien, quienes son amantes hasta que él se casa con una niña rica. Sólo cuando él enviuda, ella acepta volver con él, pero impone sus condiciones: no se casarán y vivirán en el modesto departamento de ella. Belisario Roldán, por su parte, es el autor de “La Venus del arrabal”, la historia de María Rosa, una obrera de fábrica, que además de participar en las asambleas, se encuentra en la situación de elegir al hombre que será su compañero entre tres candidatos: un obrero anarquista, un almacenero y un niño bien de la Liga Patriótica. Elige consciente de que el amor y sus intereses de clase van de la mano. “Al fragor de la revolución” del Vizconde de Lascano Tegui es la historia de una mujer extorsionada por un periodista: si ella no le corresponde, él entregaría a su marido cartas que probarían que la mujer era infiel. Ella no solamente no acepta, sino que la noche de la revuelta³, huye con su amante.

Estos ejemplos, que podrían multiplicarse, aparecen como una *anomalía* en la interpretación construida por Sarlo. ¿De dónde sale esa presencia tan marcada de la crisis y la revolución en un corpus supuestamente conservador?

³Se refiere a la Revolución del Parque o Revolución del '90.

Las razones de una anormalidad normal

El clima de la época y los lectores

Los efectos de la Revolución Rusa fueron planetarios: de Cuba a Pekín, de Argentina a Estados Unidos, el bolchevismo triunfante produjo revoluciones y movimientos insurreccionales de diversa envergadura. También se produjeron movimientos revolucionarios en gran parte de Europa Central. En nuestro continente se extendieron sus implicancias hasta mediados de la década del '20.

La coyuntura política en Argentina no era, en modo alguno, ajena a este clima mundial. Hipólito Yrigoyen había asumido la presidencia del país en 1916, inaugurando lo que se suponía iba a ser el primer gobierno popular; sin embargo, el gobierno radical resultó un gobierno conservador que apostó a la conciliación de clases en el marco de la estructura socioeconómica existente y a la participación política institucionalizada fuera de la clase gobernante tradicional. Por otra parte, la llegada del radicalismo al poder significó poco más que la presidencia radical porque seguían siendo minoría en el Congreso y oposición en las provincias. Por ese motivo, la posición del presidente era sustancialmente débil. Cuando Yrigoyen asumió la presidencia en 1916, el país estaba en medio de una profunda depresión económica, producto de la suspensión de las inversiones extranjeras a partir de 1913 y agudizada a partir del inicio de la Primera Guerra. La inflación se había disparado y esta situación era beneficiosa para los terratenientes y exportadores, pero el costo de vida ponía en serios problemas a los obreros y la pequeña burguesía. El gobierno se encontró entre estas dos posiciones divergentes: los terratenientes beneficiados y los *grupos urbanos*, que ante la difícil situación se volcarían al PS y al anarquismo. El incremento de cargos burocráticos y profesionales fue una de las formas que se usó para conformar sobre todo a la pequeña burguesía, comprometida por la situación económica. Efectivamente, este sistema no beneficiaba a los inmigrantes (no votaban), ni a la clase obrera (no estaban en condiciones de acceder a un cargo público) o los empresarios (no estaban interesados en ello), sino a la fracción de la pequeña burguesía urbana. La confianza en la movilidad social era, por tanto, el caballito de batalla de la política de conciliación de clases y de mantenimiento del sistema económico del radicalismo. “Hacer la América” era el sueño que se ofrecía a la clase obrera argentina.

A partir de 1916, el radicalismo comenzó una tarea de cooptación del movimiento sindical, aunque la situación de depresión económica

y la inflación dispararon una serie de protestas obreras. Las huelgas entre los años 1917 y 1919 tuvieron tanta importancia como las que se habían producido durante el auge del anarquismo, en la década anterior y pusieron en jaque, en especial, a empresas de capitales extranjeros. Los sindicatos tuvieron, también, la posibilidad de acceder directamente a los agentes centrales del gobierno para discutir sus reclamos.

Con todo, el gran éxito de la política oficial fue el de iniciar una verdadera cruzada en contra de los agitadores extranjeros. En 1919, el gobierno vio comprometida su continuidad: en enero se realizó una huelga general que culminó con un cruento *pogrom*. La Semana Trágica se enmarca en el proceso de lucha de clases que comienza con la huelga triunfante de la FOM en 1916-17 y termina con la fracasada huelga general del '21.

A partir del inicio de las acciones obreras de enero de 1919, se organizó y movilizó una agrupación que constituyó grupos armados. Patrullaban las calles de la ciudad junto con la policía y el ejército y tuvieron como blanco predilecto no tanto los huelguistas como los miembros de la colectividad judía. Por un lado, esto revela que la derecha vivía en medio de una paranoia política, producto de los procesos revolucionarios mundiales. Por otro, que la revolución triunfante era el episodio de mayor influencia en esos procesos: por sinécdoque, todos los judíos son rusos, y por contigüidad, todos los rusos son bolcheviques y por lo tanto, revolucionarios. Aunque completamente infundada, la psicosis era tal que se llegó a difundir la noticia de la existencia de una conspiración revolucionaria bolchevique. Inclusive, el PS debió salir a desmentir el rumor de que estaba tramando una revolución.

Mientras tanto, durante la Semana Trágica, las acciones de la Liga Patriótica reflejaban el convencimiento de que el gobierno no iba a poder resolver el problema que se le presentaba. El *terror rojo* volvió a aparecer, como hacía una década e hizo uso nuevamente, de la ideología del peligro extranjero y el patriotismo. En abril de 1919, el gobierno volvió a aplicar la Ley de Residencia y la Ley de Defensa Social a los anarquistas; siguió a ello una ola de deportaciones y arrestos. También la Iglesia puso manos a la obra con la Gran Colecta Nacional “para impulsar (...) ‘la gran obra de independencia de los obreros’ y su redención del ‘caudillo revolucionario’”, para “ayudar al obrero que no quiere pertenecer a una sociedad de resistencia socialista, ácrata o sindicalista revolucionaria, dándole medios para escapar de su despotismo.” (Rock 1997: 203).

Luego de la Semana Trágica, el movimiento sindical siguió en ascenso hasta mediados de 1920. Se sucedieron huelgas en todo el

interior, muchas de las cuales terminaron en masacres obreras, destacándose las huelgas de la Forestal, de la Patagonia, Tres Arroyos y Jacinto Aráuz. Surgió la demanda de huelga general para obligar a desarmar a la Liga Patriótica, derogar las leyes represivas y liberar a los obreros presos. Finalmente la huelga se realizó, en junio de 1921 y resultó un fracaso, pues terminaron todos los dirigentes presos, incluso los de la FORA IX. Se cerró allí el ciclo de lucha de clases del cual la Semana Trágica constituye un punto crucial.

Todos estos episodios que van *in crescendo* a partir de 1917 y llegan a su punto culminante durante enero del '19, dan cuenta del aumento de la conciencia de clase de los obreros argentinos. La lucha de clases es más aguda porque el proletariado pone en práctica métodos de acción directa (huelga general, acciones más o menos violentas) por fuera de los carriles institucionales, por fuera de la negociación y de las huelgas convocadas por los sindicatos. Fue, en este sentido, un proceso insurreccional⁴, no revolucionario, pues no llegó a cuestionar la estructura estatal.

En contra de lo que considera Sarlo, los lectores de este período, difícilmente puedan ser caracterizados de infantiles o deseosos de consolución. Todo lo contrario; el clima de época explica esa presencia, aparentemente *anómala*, de la crisis y la revolución en *La Novela Semanal*. Cuando se lee *todo* el corpus, se observa, por lo tanto, la *omnipresencia* del “malestar” de la época. ¿Por qué razón hizo Sarlo, entonces, la lectura inversa?

Las razones de una mala lectura

a) *La interpretación reproductivista*

Las tesis de Sarlo están fundamentadas, básicamente, en el marco teórico de los análisis sociales del arte realizados por Pierre Bourdieu. El sociólogo francés define en *La distinción* los “gustos de necesidad” y los “gustos de libertad”: los primeros corresponden a las “clases populares” (el proletariado) y los otros, a la clase dominante. Para la burguesía, el “gusto de libertad” es “estilización de la vida”, y por lo tanto, posibilidad de elección y “derroche”. En cambio, para la clase obrera, su mundo de opciones es “cerrado”. Es en este sentido que define el

⁴“(…) nada sugiere que con esta huelga se haya pretendido atacar al Estado o al sistema capitalista; sería ir demasiado lejos sostener que fue un prototipo de revolución obrera o de ‘lucha armada.’” (Rock 1997: 176).

habitus de clase: “La clase social no se define sólo por una posición en las relaciones de producción, sino también por el *habitus* de clase que ‘normalmente’ (es decir, como una fuerte probabilidad estadística) se encuentra asociado a esta posición.” El *habitus* es, según el autor, “necesidad hecha virtud”, por lo tanto, los obreros expresan en él la “aceptación de lo necesario, de resignación a lo inevitable”. Esta “disposición profunda de ninguna manera es incompatible con una intención revolucionaria”, aunque Bourdieu no explica cómo ni por qué puede ser compatible la “intención revolucionaria” con la presencia de lo imprescindible necesario, de la alta probabilidad estadística que termina convirtiéndose en un mundo cuyas experiencias son imposibles de reformular:

“La más implacable llamada al orden, que bastaría sin duda para explicar el extraordinario realismo de las clases populares, está constituida indudablemente por el efecto de enclaustramiento que ejerce la homogeneidad del universo social directamente experimentado: no hay otro lenguaje posible, no existe otro estilo de vida (...). El universo de los posibles es cerrado. (Bourdieu 1998: 379-388).”

La perspectiva de Bourdieu, así como la de Sarlo, es reproductivista: la hegemonía económica, de la cual se deriva la cultural, de la clase dominante es absoluta y no ofrece ninguna contradicción. Asimismo, la clase obrera acepta, pasiva e inconscientemente, dicha imposición: no habría entonces posibilidad alguna de cambio. No hay en el proletariado ni resistencia, ni negación, ni construcción propia alguna en oposición a la impuesta. Este tipo de reproductivismo se lo conoce con el nombre de miserabilismo.

La interpretación reproductivista de Sarlo confunde *infancia literaria* (un producto sencillo para un lector que no ha desarrollado competencias de lectura académicas) con *infancia ideológica*, que depende de la experiencia de lucha del lector. En períodos históricos en los cuales la lucha de clases no se manifiesta con agudeza, es posible que el receptor popular tenga una lectura ideológicamente *infantil*, que se apegue a la propuesta de la producción con tendencias reformistas o reaccionarias, inclusive. Mientras tanto, en períodos en los cuales la perspectiva revolucionaria está presente en las experiencias de los lectores obreros, como el período de estudio que nos ocupa, es difícil suponer que el receptor lea políticamente como un niño, que no cuestione o adapte su recepción a la experiencia que está atravesando. En esta distancia entre las habilidades de lectura y las habilidades políticas es posible la

aparición de la *lectura desviada*. Es decir, que lea de acuerdo con parámetros necesariamente distintos a los que la clase dominante le propone. En medio de este clima, con estos lectores y con escritores que se acercan a la clase obrera⁵, habida cuenta de las condiciones objetivas en que se encontraban, que la lectura fuera consolatoria, como pretende Sarlo, sería prácticamente improbable. Si se ha de buscar otra interpretación se debe partir de una teoría más compleja de la conciencia, en particular, de ese elemento particular que constituyen los sentimientos.

b) *Los sentimientos en la era de la razón revolucionaria*

Agnes Heller, en *Teoría de los sentimientos*, analiza el proceso por el cual los seres humanos estamos en condiciones de experimentar los sentimientos. En primer lugar, “el sentimiento no es algo aprendido ni adquirido” (Heller 1980 b: 144) pues nacemos con la capacidad de pensar, sentir y actuar. Sin embargo, la capacidad de sentir se desarrolla en sentimientos particulares solamente por medio de un aprendizaje. En este sentido, sabemos que debemos desarrollar ciertas conductas con relación a esos sentimientos. Por ejemplo, en el caso del dolor, no es el sentimiento lo que se aprende, sino su identificación: por esta razón, la verbalización es el elemento determinante para aprender la capacidad de localizar la fuente del dolor, en el ejemplo dado. En el caso de los afectos, no sólo se aprende a identificar las diferencias entre ellos (por ejemplo, rencor / odio / resentimiento son afectos diferentes, sólo distinguibles por la palabra), sino que también aprendemos a reconocer

⁵Los intelectuales se encuentran más cercanos a la clase obrera no por razones estrictamente ideológicas, sino como producto de las condiciones objetivas de su ubicación en las relaciones de producción capitalista. La proletarianización del escritor era ya un hecho que los autores de la generación anterior venían incorporando en sus ficciones. Tal es el caso de Roberto Payró y su obra *El triunfo de los otros*. La situación de los escritores que trabajan como periodistas es muy común en la época y su presencia como tema en el corpus de la narrativa de circulación periódica aparece en forma recurrente. Sin ir más lejos, en “Amor y bolshevikismo”, la voz del narrador que cuenta la historia que le transmitió Elsa, es la de un periodista que escribe una novela. También hay muchísimas historias de artistas pobres, sean ellos escritores o no, que luchan para sobrevivir o para obtener un amor que les es esquivo en virtud de su pobreza: “El último brindis” de César Carrizo; “El hambre” de Pedro Sonderegger; “La señorita Marcela” de Gustavo Caraballo; “Allá, en el río...” de Emilio Gouchón Cané; “Aquellos ojos que fueron!...” de Armando Mook, por mencionar solamente algunos ejemplos.

cuál es/debe ser el objeto de ese afecto. Por otra parte, no sólo debemos aprender a verbalizar los sentimientos para distinguirlos al reconocer su objeto y su fuente, sino que además, incluso antes de la verbalización, se aprenden a leer los afectos de los otros. Tanto un proceso como el otro, el de leer afectos y el de discriminar, explicar, verbalizar, son capacidades innatas que se desarrollan en el aprendizaje social y cuyo desarrollo es imprescindible para lograr la “homeóstasis social”⁶: que un individuo se incorpore en forma equilibrada a su grupo y a la sociedad de su tiempo. Es evidente entonces, que “no hay más conciencia en el individuo que la socialmente condicionada. No hay un lenguaje privado, ni un sistema privado de conceptos, no existe un sistema privado de manipulación” (Heller 1980 b: 30). Todas estas actividades tendientes a desarrollarnos como individuos con continuidad son aprendidas, son sociales, sólo tenemos la capacidad innata para aprenderlas. Asimismo, siendo la conciencia “el elemento constitutivo” más importante y diferencial en el ser humano, sus sentimientos son “con meta, cognoscitivos y situacionales. Realmente no hay conocimiento sin sentimiento ni acción sin sentido, ni percepción, ni recuerdo sin sentimiento” (Heller 1980 b: 149).

El arte, y en especial la literatura, por estar contruidos con formas que constituyen el medio de aprendizaje de los sentimientos, siempre evocan en nosotros todas las emociones que conocemos. Las evocamos aun cuando no las hayamos vivido nunca, porque comprendemos las situaciones que han suscitado las emociones y comprendemos las emociones mismas. No es necesario que hayamos experimentado la oposición familiar a algún amor, para comprender (y emocionarse con) la tragedia de Romeo y Julieta. Dado que sólo podemos emocionarnos con aquello que nos resulta comprensible, y que la interpretación de las emociones es situacional (sólo se entiende determinado sentimiento en determinada situación), la literatura como recreación de situaciones que nos llevan a interpretar los sentimientos es fundamental. Asimismo, cuando expone sus situaciones recreadas, por medio de la comprensión y la interpretación, colabora con la construcción de los sentimientos.

Heller elabora la fenomenología y la sociología de los sentimientos, partiendo de la idea de considerar que el tipo de análisis a que fueron sometidos los sentimientos depende de la época histórica. Señala entonces que existe una dicotomía, cuya formulación teórica

⁶La homeóstasis es la preservación y extensión del individuo, aquello que asegura su continuidad.

fue desarrollada por Kant, entre sentimiento y razón. Esta oposición, reconocida por Max Weber y Freud, intentó saldarse haciendo prevalecer el racionalismo instrumental por sobre los sentimientos (la psicología positivista o conductismo) o a los sentimientos por sobre la razón (Jung, que con ello se desvía de Freud hacia el irracionalismo). Dado que ninguna de las dos posturas ha sido superadora, Heller considera que la pregunta por la relación entre sentimientos y razón sigue siendo pertinente. Y esto porque hay que demostrar no solamente la unidad del hombre sino también que el campo de acción que permite la sociedad actual y los pensamientos que esa sociedad determina “producen y fijan sentimientos particularistas, perpetúan y reproducen la alienación de los sentimientos (...). El hombre está unificado, pero la personalidad está escindida.” (Heller 1980 b: 11). El valor que elige Heller es el de una “personalidad unificada que se autorrealiza en las tareas presentadas por el mundo y rica en sentimientos. Esa personalidad existe sólo como tendencia, como excepción.” (Heller 1980 b: 11).

El hombre que está unificado, pero con su personalidad escindida proviene de la sociedad que declara la igualdad (la unidad) política y civil y sanciona objetivamente las diferencias económicas (de clase). La pertenencia a distintas clases implica el antagonismo de intereses y ese antagonismo de intereses, enfocados, por supuesto, a la tarea de conseguir objetivos diferentes, determina que cada clase tiene diferentes tareas y por lo tanto, diferentes configuraciones de sentimientos. Con todo, cada época tiene su configuración dominante de sentimientos que se corresponde con las tareas de la clase dominante. Es decir, aquellos sentimientos (o más bien, configuraciones de sentimientos) cuya jerarquía es superior por provenir de los miembros de una clase con tareas sociales dominantes, serán los sentimientos dominantes. Pero esa configuración se realiza indirectamente, a través de prescripciones y normas del sentimiento que tienen siempre contenido moral. La regulación normativa afecta a las expresiones de los sentimientos y lo que es más importante, al sentimiento mismo.⁷ El sistema de clasificación de los sentimientos (cuáles son moralmente buenos o malos, agradables o desagradables) está determinado socialmente, según la época, la clase, el estrato social.

Por otra parte, en una sociedad determinada cada individuo tiene la posibilidad de elegir entre diversos valores; esto se produce porque “las sociedades no son homogéneas, sino estratificadas, y las preferencias de

⁷“La conducta emocional requerida para el cumplimiento de la tarea se expresa en normas del sentimiento.” (Heller 180 b: 229)

valor de los diversos estratos sociales (órdenes, clases) en su mayor parte son distintas.” (Heller 1980 b: 201). Los sentimientos se construyen a partir de la pertenencia de clase y los valores que guían su selección son los que responden a los intereses de esa clase, aunque la presencia de determinaciones secundarias genera cierta flexibilidad en la capacidad de elección y a su vez, provoca contradicciones.

La burguesía hizo entonces, sentimientos universales de sus sentimientos y experiencias de clase. Los generalizaron para todo otro estrato (o fracción dentro de su propia clase) o clase y de allí que el mundo universalizado de los sentimientos burgueses sea particularmente ideológico⁸.

La oposición entre *razón* y *sentimiento* “es característico del pensamiento cotidiano de la era burguesa, es más, es prácticamente un lugar común.” (Heller 1980 b: 265). Hay posturas que han intentado conciliar ambos opuestos, aunque no lo han logrado. Esto demuestra, precisamente, que esa dicotomía emana de los hechos objetivos de la existencia bajo el capitalismo y que la armonía que pondría fin a esos hechos o es utópica o revolucionaria.

Tal como hemos dicho, la principal consecuencia de la alienación en la era burguesa es la escisión entre el burgués y el ciudadano. Esta escisión se hace explícita solamente en tiempos de crisis en los que se produce la lucha de clases abierta entre *sentimientos*. Esa batalla encarna, sin embargo, un mandato mucho más general, es parte de un proceso que atraviesa la sociedad capitalista desde sus orígenes y alcanza sus límites.

Del Renacimiento a Yrigoyen

Ese lugar común en el que los sentimientos y la razón están en oposición, no siempre ha sido así. El Renacimiento fue el inicio del proceso de transición del feudalismo al capitalismo, una época de cambios acelerados, de transformación de la sociedad completa: el desarrollo de las fuerzas productivas fue vertiginoso y consecuentemente, “un entero sistema de valores y una concepción de la vida sufrieron una sacudida.”

⁸“(…) la burguesía está compuesta por diversos estratos incluso dentro de un mismo período, y la gestión y preferencias emocionales de esos estratos son diferentes. Pero la identificación ideológica entre hombre y burgués es característica por igual de todos ellos. El burgués vive su existencia como ‘burguesa’ y la generaliza como conducta humana y mundo ‘humano’ de los sentimientos.” (Heller 1980 b: 238) El burgués es el parámetro del ser humano.

(Heller 1980 a: 8). Las relaciones supuestamente naturales, estables, entre el individuo y la sociedad desaparecieron. Debido al dinamismo social, producto de las transformaciones, pues se empezaba a pertenecer a la clase según el lugar que se ocupaba en el proceso de producción (y no por nacimiento) comenzó a incorporarse la noción de que era posible la elección del propio destino, como “sinónimo de *posibilidad infinita*”.

“Y fue precisamente la aparición de una relación individual con la sociedad, de la elección del propio destino, lo que hizo necesarios un punto de vista, un sentido de los valores y una forma de conducta cada vez más individualizados: en una palabra, lo que a veces se simplifica con la expresión de ‘individualismo renacentista’, aunque éste tenga poco en común con el individualismo de la sociedad burguesa madura. (Heller 1980: 15).”

Ese individuo era el individuo social, el que se realizaba a sí mismo en el mundo, pues lo fundamental era dejar el sello del hombre que ha hecho algo para su sociedad y su comunidad, no tanto el deseo ilimitado de poder o dinero. En el momento del nacimiento de la sociedad burguesa, nace el individuo liberado de trabas, superador del estatismo, de la *unidimensionalidad feudal*⁹, que va maravillado hacia su mundo en tanto constructor del mismo. A medida que el desarrollo de las fuerzas productivas se va acelerando, esa posibilidad de expansión infinita, esa *versatilidad social* del individuo social renacentista, se comienza a acotar; “con el avance de la producción burguesa el hombre se volvió universal, aunque su universalización asumía formas cada vez más alienadas.” (Heller 1980 a: 25). Ese proceso de alienación, que implicó la división entre vida pública y privada y, como no podía ser de otro modo, entre razón y sentimiento, que se inició en el Renacimiento, llega a su punto culminante en la sociedad burguesa. El desarrollo del mercado capitalista aborta las posibilidades de existencia del individuo social y lo transforma, paulatinamente en individuo átomo. Considerando el período en el cual un sistema social es cuestionado y transformado en su totalidad (y por lo tanto, la hegemonía de la clase dominante entra en crisis y luego, decadencia) como revolucionario, es que podemos decir que el Renacimiento fue el inicio del proceso revolucionario. En ese período se *creó* el individuo, lanzado

⁹“(…) las nuevas formas de vida, entre ellas el culto del hombre autorrealizado, produjeron una especie de iniciativa individual e independencia de juicio y arbitrio tales que volvieron inconsistente toda clase de dogma.” (Heller 1980 a: 19).

como una flecha hacia el mundo, pero también hacia el mercado. Sus intereses eran ilimitados, pero debieron circunscribirse a uno: el interés económico. Sus sentimientos eran flexibles, pero debieron restringirse, fundamentalmente, a uno: el egoísmo. Es así como

“...en medio de los cataclismos del siglo XVI empezó a dudarse cada vez con mayor certeza de si el hombre podía vivir con sus potencias. (...) Llegó un momento en que el escepticismo y la desesperación sustituyeron a los panegíricos. Pero no duró mucho este humor en la antropología. La filosofía de la naciente sociedad burguesa no rechazó la idea de autoproducción, ni la de versatilidad (técnica), ni la de facultades infinitas. Pero se puso a buscar en una dirección nueva; quería saber el motivo que espoleaba las producciones humanas. Y lo encontró –ya ni sublime, ni moral– en el verdadero acicate del individuo burgués: en el egoísmo. (Heller 1980 a: 458).”

El tipo de individuo que requiere la sociedad es el individuo burgués. La única forma de recuperar el individuo social es a través de la reanudación del proceso revolucionario. El relanzamiento de la revolución hará que podamos unificar vida pública y privada, sentimiento y razón, que la alienación desaparezca, pues en ese proceso el individuo se recupera como individuo social y la razón se reconcilia con los sentimientos, pues, una vez culminado ese proceso, los intereses serán, por fin, los intereses universales (no universalizados) de la humanidad.¹⁰ Intereses y deseos imposibles de unificar hasta que no se ponga en marcha una nueva revolución. Precisamente, los momentos en que la revolución domina el clima de una época son aquellos en que la promesa renacentista “renace”. Es hora, entonces, de volver a ese “detalle” incómodo en la interpretación de Sarlo.

Ese detalle universal

Elsa Nielssen, la protagonista del *detalle* que desarrollamos al comienzo de este trabajo, es una representante de la burguesía cooptada para las fuerzas revolucionarias. El bolchevismo transformó su vida y la arrastró hacia los intereses de la clase obrera. ¿Cuáles fueron las condiciones de ese pasaje? El amor, podríamos contestar rápidamente.

¹⁰“(…) prácticamente imposible describir o programar la universalidad del hombre y de la humanidad. Salvo unas cuantas excepciones –y éstas corrieron a cargo o de soldados del Renacimiento o de precursores del socialismo–, aquella posibilidad no volvió a darse hasta Marx.” (Heller 1980 a: 171).

Pero el amor hacia un individuo la hizo reconocerse parte de la humanidad, de un proyecto colectivo universal y generoso, a diferencia de su propia clase de pertenencia. Esa situación le hace establecer un orden de prioridades: primero, las necesidades y los intereses colectivos; después, los deseos personales. Pero esa jerarquía sólo puede fundarse cuando se parte de la base de considerar al individuo como social. Porque formamos parte de una sociedad, porque nuestras necesidades van atadas a las relaciones sociales, es que debemos hacernos cargo de las necesidades colectivas antes que de los deseos personales. Primero, esa masa en miles, en millones de hombres que deben ser liberados; recién después, y solamente, pues la primera es una condición necesaria, el individuo podrá ser libre. Elsa nos dice que somos más libres cuando luchamos por intereses colectivos, no porque nos preocupamos por nosotros mismos, en abstracción de las relaciones sociales. Por ese motivo, el amor es el sentimiento fundante de este detalle que nos lleva a observar el corpus de *La Novela Semanal*, de la novela sentimental popular bajo el yrigoyenismo, con otra mirada. Sólo cuando ponemos el texto en su coyuntura histórica y lo pensamos como un producto de la sociedad argentina en tiempos de sobredeterminación por la Revolución Rusa, de un momento en el cual la lucha de clases estaba atravesando un período muy agudo, podemos escaparle al reproductivismo miserabilista que pretende analizar todo lo sentimental y todo lo popular con la misma vara.

Esta novela es un síntoma de una época y es también síntoma de un proceso histórico más amplio: libertad, la igualdad y la fraternidad fueron promesas incumplidas de la revolución burguesa. Esas promesas sólo serán posibles sobre la base de la recuperación del individuo social, aquél que antepone lo colectivo a sus deseos egoístas. Un individuo así, como Elsa, como Alejandro, tiene carácter revolucionario, pues está empeñado en recuperar esa característica que nos hace seres humanos: las relaciones sociales. De todas las relaciones posibles, la fundante de un proceso de transformación, el amor (colectivo), es el motor de todas las batallas. Las crisis hegemónicas (como la que se vivió bajo el yrigoyenismo) y los procesos revolucionarios exponen la posibilidad cierta de unificar por fin, sentimiento y razón, de alcanzar lo que el Renacimiento había presentado como promesa a la Humanidad.

Bibliografía

Angelici, Pedro: “El pozo de las murenas”, *La Novela Semanal*, Buenos Aires, 1918
 Bourdieu, Pierre: *La distinción*, Madrid: Taurus, 1998
 Cancela, Arturo: “Babel”, *La Novela Semanal*, Buenos Aires, 1919
 Cancela, Arturo: “El cocobacilo de Herrlin”, *La Novela Semanal*, Buenos Aires, 1918
 Cancela, Arturo: “Una semana de holgorio”, *La Novela Semanal*, Buenos Aires, 1919
 Casais, José María: “El apóstol”, *La Novela Semanal*, Buenos Aires, 1921
 Canseway Britos, J.: “Amor y bolshevikismo”, *La Novela Semanal*, Buenos Aires, 1920
 Caraballo, Gustavo: “La señorita Marcela”, *La Novela Semanal*, Buenos Aires, 1919
 Carrizo, César: “El último brindis”, *La Novela Semanal*, Buenos Aires, 1918
 Charras, Julián: “Le jour de gloire est arrivé”, *La Novela Semanal*, Buenos Aires, 1918
 Godio, Julio: *La Semana Trágica de enero de 1919*, Buenos Aires: Hyspamérica, 1986
 Gouchón Cané, Emilio: “Allá, en el río...”, *La Novela Semanal*, Buenos Aires, 1919
 Heller, Agnes: *El hombre del Renacimiento*, Barcelona: Península, 1980
 Heller, Agnes: *Teoría de los sentimientos*, Barcelona: Fontamara, 1980
 Hobsbawm, Eric: *Historia del siglo XX*, Barcelona: Crítica, 1995
 Lascano Tegui, Vizconde De: “Al fragor de la revolución”, *La Novela Semanal*, Buenos Aires, 1922
 Mono Sabio. “Los crímenes de la calle Brasil”, *Los Contemporáneos*, Buenos Aires, 1920
 Moock, Armando: “Aquellos ojos que fueron!...”, *La Novela Semanal*, Buenos Aires, 1920
 Periódicos: *La Vanguardia*, *La Época*
 Quesada, Josué: “La vendedora de Harrods”, *La Novela Semanal*, Buenos Aires, 1919
 Quesada, Josué: “Cuando el amor triunfa”, *La Novela Semanal*, Buenos Aires, 1919
 Rock, David: *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Buenos Aires: Amorrortu, 1997

Roldán, Belisario: “La Venus del arrabal”, *La Novela Semanal*, Buenos Aires, 1920
 Saldías, José Antonio: “¡Porca América!”, *La Novela Semanal*, Buenos Aires, 1921
 Sarlo, Beatriz: *El imperio de los sentimientos*, Buenos Aires: Catálogos, 1985
 De Soiza Reilly, Juan José: “Un hombre desnudo”, *La Novela Semanal*, Buenos Aires, 1920
 Sondereguer, Pedro: “El hambre”, *La Novela Semanal*, Buenos Aires, 1918
 Wald, Pinie: *Pesadilla. Una novela de la Semana Trágica*, Buenos Aires: Ameghino, 1998
 Wast, Hugo: “La huelga”, *La Novela Semanal*, Buenos Aires, 1917

Recibido: 10/6/2011 Aceptado: 20/10/2011